

Desde fines del año 1845 bogaban en aguas de Veracruz algunos buques de guerra americanos; pero hasta el 20 de Mayo de 1846 no se declaró el bloqueo de ese puerto por el comandante Fiter Kungh, atacando Connor á Alvarado y San Juan Bautista en el mes de Agosto, aunque sin éxito.

El 8 de Febrero de 1847 se avistaron en Veracruz varios buques que, según se supo, traían á bordo todo lo necesario para un asalto, y la ciudad nada contaba para su defensa. El 9 desembarcaron las tropas de Scott, y el 22 intimó rendición á la plaza este jefe. La defensa de Veracruz estaba confiada al general D. Juan Morales, que tenía á sus órdenes poco más de 4.000 hombres, y se negó á las exigencias del militar americano. En la tarde de ese mismo día comenzó el bombardeo desde las baterías del enemigo y de sus buques; por espacio de cinco días con sus noches cayó sobre Veracruz una lluvia de proyectiles que derrumbaron las dos terceras partes de la ciudad; después de una resistencia verdaderamente heroica, capituló la guarnición el día 27, saliendo dos días más tarde con los honores de la guerra.

Sabedor de ello Santa Ana, después de reprobar aquella capitulación y aun mandando poner presos á sus pundonorosos generales Morales, Landero y Durán, salió rumbo á Jalapa con ánimo de lavar *la deshonra de Veracruz*, dejando en su lugar al general D. PEDRO MARTÍN ANAYA el 1.º de Abril.

Con tropas de San Luis, México y Puebla, más varios cuerpos de Guardia nacional de Veracruz, formó un ejército de 9.000 hombres, que situó en Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa, obrando en ello contra la opinión autorizada de personas que se lo reprobaron.

CAPÍTULO V

Desastre de Cerro Gordo.—Toma de Puebla por los americanos.—Poco patriotismo de los poblanos.—Los americanos sobre México.—Derrota de Padierna.—De Churubusco.—Armisticio.—El Molino del Rey.—Asalto de Chapultepec.—Toma de la Garita de Belén y San Cosme.—Entrada de los americanos en México.—Licenciado Manuel de la Peña y Peña.—Destierro de Santa Ana.—Paz y arreglo con los Estados Unidos.—Don Pedro María Anaya.—Don José Joaquín Herrera.—El P. Jarauta.—Guerra de castas en Yucatán.—El telégrafo en México.—Don Mariano Arista.—Pronunciamento de Blancarte.—Pronunciamento de Bahamonde.

Cerro Gordo era el punto menos á propósito para esperar al enemigo, pues su topografía impedía usar convenientemente de la caballería y carecían de agua. El ejército americano constaba de 8.500 hombres bien equipados, y después de haber hecho un reconocimiento sobre el terreno, el general Twings atacó en masa, bajo el mando del general Scott, el día 18, causando la derrota de nuestro ejército una fuerte columna enemiga que lo flanqueó por el Cerro del Telégrafo, al que Santa Ana no auxilió ni cubrió convenientemente. Santa Ana se retiró á Orizaba con los restos de su tropa, logrando reorganizarla con auxilio de otros cuerpos procedentes de Oaxaca, y de allí marchó á Puebla, donde se reunió con las fuerzas del general Canalizo. Careciendo de los elementos necesarios, abandonó á Puebla, y entraron á ella los invasores el día 15 de Mayo.

Se ha dicho por algunos escritores que el Cabildo eclesiástico y su Obispo recibieron al general Woortt bajo palio y entonaron un *Te Deum* en la catedral angelopolitana. Esto no es exacto, pues el documento inédito que se cita como autoridad, y al escribir esta obra tenemos á la vista, nada dice de ese escandaloso acontecimiento. Crítica, sí, el poco patriotismo de los poblanos, que convirtieron en día de fiesta la entrada de los americanos, debiendo haber hecho más bien, con su abstención, día de luto.

No obstante la prohibición del Ayuntamiento para que se tocasen las campanas, los canónigos de la catedral y los capellanes de varios conventos las usaron como de costumbre, y aun las repicaron á causa de algunas fiestas religiosas.

El obispo Vázquez, á quien fué á visitar el general americano, estuvo solícito en demostrarle su agradecimiento, pasando al poco tiempo á devolverle la visita en su alojamiento; como aconteciese que á la hora de la misa de coro se presentasen en la catedral algunos soldados americanos, algunos eclesiásticos salieron á recibirlos, y obligaron á los fieles que estaban ocupando algunas bancas á que las cediesen á los americanos. Obraban, en fin, los poblanos, y principalmente los clérigos y frailes, cual si la patria no se encontrase sumergida en la desgracia.

Volvió Santa Ana á México, y el día 20 tomó posesión de la presidencia, disponiéndose á resistir á los americanos en el Valle.

Para este fin levantó tropas é hizo venir á marchas forzadas á varios cuerpos de los Estados; estableció una maestranza y fortificó varios puntos de los alrededores de la ciudad. El ejército enemigo entró en el Valle de México siguiendo casi el mismo itinerario que Hernán Cortés, el día 9 de Agosto, formando un ejército de 12.000 hombres, y diez días después atacó el Rancho de Padierna, derrotando al general Valencia, que se puso á resistirlo no obstante las órdenes que le dió Santa Ana para que se retirase, y que en momentos angustiados le negó el auxilio. El mismo día una división de 6.000 hombres, al mando del general Twings, atacó al convento de Churubusco, defendido por 1.000 guardias nacionales á las órdenes de Rincón y Anaya. La defensa heroica impidió que el convento fuera ocupado hasta después de haberse agotado las municiones y sucumbido 400 de los valientes que lo defendían, entre ellos los oficiales D. Francisco Peñúñuri y D. Luis Martínez de Castro. Se refiere que al ocupar la posición el general Twings pre-

guntó al general Anaya, que había caído herido y prisionero, *dónde estaban las municiones*, y éste le contestó: «*Si hubiera parque no estaría usted aquí.*» Después de este combate se ajustó un armisticio, que terminó el 6 de Septiembre, y en él se hicieron proposiciones de paz, siempre que México cediera los Estados de Texas, Nuevo México y Alta California, á lo que se negó el Gobierno. Dos días después atacaron los invasores el Molino del Rey y Casa Mata; en el primero mandaba el viejo jefe insurgente, general D. Antonio León, al frente de 4.000 hombres y cuatro cañones, y con ellos sostuvo el combate por muchas horas contra 5.000 americanos, hasta que, agotada la munición, no obstante habersele mandado una de calibre mayor, cayó el punto en poder del enemigo, sucumbiendo su denodado jefe. El 13 de Septiembre tuvo lugar el asalto á Chapultepec, defendido por el general Bravo con 832 soldados y diez piezas de artillería, entre aquéllos los jóvenes alumnos de la Escuela Militar, de los cuales perecieron Barrera, Márquez, Montes de Oca, Melgar, Suárez, Escutia y otros muchos, cayendo prisionero el general D. Nicolás Bravo. Todos estos valientes jóvenes eran menores de dieciocho años, y entre los restantes vivientes que cayeron prisioneros se encontraba D. Miguel Miramón.



General Antonio León.

A pesar de los esfuerzos de los generales Rangel, Peña y Lombardini, que defendieron el puente de Santo Tomás, contrarrestados por la cobarde deserción de Torres en la garita de Belén, en la tarde del nefasto día 13 penetraron los invasores en la ciudad, logrando posesionarse de las garitas de Belén y San Cosme. Convocó luego Santa Ana una junta de guerra en la ciudadela, y en ella se decidió la

salida de la capital de todo el resto del ejército, hacia Guadalupe Hidalgo. A la mañana del siguiente día entró en México el general Scott con parte de sus tropas, y no hubo calle en que no fuese hostilizado por el pueblo, no terminando esas agresiones hasta el siguiente día 15, en que entró todo el resto de la fuerza. El 16 de Septiembre renunció Santa Ana la presidencia en Guadalupe, quedando en su lugar el presidente de la Suprema Corte de Justicia, LICENCIADO D. MANUEL DE LA PEÑA Y PEÑA, que estableció su administración en Querétaro; siguió aquél, con el sólo carácter de general, rumbo á Puebla, á la que intentó atacar, así como á Huamantla, y fué rechazado, teniendo por fin que entregar el mando militar al general Reyes.

Partió luego para Oaxaca, y allí su gobernador, D. Benito Juárez, le negó la entrada, y entonces dejó la República, marchando con rumbo á Turbaco, en la Nueva Granada.

El conspirador eterno, el iniciador de los pronunciamientos en México, el hombre inconstante y voluble que, sin carecer de valor personal, era inepto para servir de jefe, en este espantoso desastre, debido á su imprevisión y capricho, parecía haber concluído para siempre; veremos cómo no fué así en lo de adelante, y cómo todavía las clases elevadas y pudientes de México, que siempre tuvieron en él un maniquí, le volvieron al país para utilizarle en sus innobles manejos.

Volvieron los invasores á proponer la paz, y se acogió la idea por el gobernante de México y su gabinete, aunque sin resolver nada por su carácter de interino.

El Congreso nombró presidente interino hasta el 8 de Enero de 1848 al general D. PEDRO MARÍA ANAYA, que tomó posesión el día 12 de Noviembre de 1847.

Todo ese período se pasó sin arreglar nada definitivo, volviendo á encargarse del poder D. MANUEL DE LA PEÑA Y PEÑA.

Aunque al terminar el año 1847 tenían los americanos en

el país más de 50.000 hombres, casi todo el territorio estaba fuera de su poder y eran constantemente hostilizados.

Logró Mr. Trist, plenipotenciario norteamericano, entenderse con el presidente Peña y Peña, nombrando para los arreglos representantes de México á D. Miguel Atristain, don J. Bernardo Conte y D. Luis G. Cuevas. Pidió el americano los territorios de Texas hasta el Bravo, Nuevo México y Alta California, con una extensión de 96.000 leguas cuadradas, dando como indemnización 15.000.000 de pesos, libres las reclamaciones pendientes, valuadas en 3.250.000 pesos, y se obligaba también á defender las fronteras contra los bárbaros.

Duras eran las exigencias; mas dadas las circunstancias de la nación en aquellos momentos, peores podían haber sido. Aunque con no pequeña oposición, en el Congreso se aprobó lo antedicho en sesión de 13 de Mayo, y la salida del ejército invasor se efectuó en el curso del siguiente Junio y parte de Julio.

El eminente estadista é historiador Mr. Enrique Clay, juzgando ese atentado á nuestra nacionalidad, dice así: «Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la toma de Texas por nuestros compatriotas tiene derecho á ese honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala.»

Entregó en Querétaro el 3 de Junio de 1848 el Sr. Peña y Peña el mando supremo al general D. JOSÉ JOAQUÍN DE HERRERA, electo constitucionalmente para el período que había de terminar el 14 de Enero de 1851. Este funcionario trasladó los poderes á la capital de la República á mediados del mismo mes. En medio del consiguiente desorden, abatimiento y pobreza que dejó en el país la invasión americana, y cuando apenas el Sr. Herrera comenzaba á dictar providencias que en algo aliviaron la causa pública, el siniestro general Paredes, que furtivamente había regresado á la nación, se pronunció en Aguas Calientes, oponiéndose á los tra-

tados de Guadalupe y llamando traidores á los que lo habían celebrado y aprobado, olvidándose de su indigna y miserable conducta al iniciarse la guerra. Logró fortificarse en Guanajuato, y allí le batió el general Miñón, cayendo también en sus manos el célebre guerrillero Padre Jarauta, que tanto que hacer dió á los americanos, y sin atención á esos servicios fué fusilado. Los indios de la Sierra de Xichú se pusieron en armas; y cuando ya casi se les había reducido, se pronunció en Sierra Gorda el comandante D. Leonardo de Márquez, proclamando á Santa Ana; mas fué pronto derrotado.

Yucatán yacía en la más espantosa guerra de castas, separado del Gobierno de la nación y sufriendo los horrores del salvajismo, sin que se le pudiera auxiliar, viéndose obligado por ello á ofrecer su anexión á cualquier nación que le ayudase, para lo cual envió comunicaciones en ese sentido á Inglaterra, España y Estados Unidos.

El Gobierno de México pudo al fin auxiliarle, volviendo aquel Estado á incorporarse á la federación el 17 de Agosto de 1848.

Á mediados de 1850 volvió el cólera morbo á invadir la República, aunque sin hacer los estragos del año de 1833.

No obstante todos esos males, el Sr. Herrera disciplinó al ejército y fué el primero en favorecer la implantación del telégrafo, concediendo privilegio para ello al Sr. D. Juan de la Granja, quien inauguró la primera línea entre México y Puebla el mes de Octubre de 1851.

La Hacienda pública prosperó también, pues ayudaban á ello sus honorables ministros D. Mariano Riva-Palacio, Otero, Jiménez y Arista, arreglando este último el ejército y ajustando un convenio con los acreedores de México en Londres el 14 de Octubre de 1850.

DON MARIANO ARISTA, electo presidente constitucional, recibió el mando de su antecesor el 15 de Enero de 1851,

siendo *el primer caso* de transmisión pacífica y legal de cargo de presidente que se vió en la República.

Marchó el Sr. Arista en la buena senda inaugurada por el Sr. Herrera, aunque desde sus principios fué atacado rudamente por los conservadores y los puros. Los pronunciamientos no se hicieron esperar: en Septiembre se levantó en la ciudad Guerrero el general Canales, y en Camargo el general Sandoval; mas fueron fácilmente vencidos.

El 26 de Julio se pronunció en Guadalajara el coronel de la guardia nacional D. José María Blancarte, á quien disgustó mucho la disolución del Cuerpo de policía que mandaba, y que el gobernador D. Jesús López Portillo, persona honrada, recta y hábil, se negase á darle 3.000 pesos que pedía sin título alguno.

El desorden fué de trascendencia, pues el Sr. Portillo, falto de elementos militares, no pudo sofocarlo, teniendo que abandonar el puesto, y en el que, de consuno, liberales, puros y conservadores pusieron al licenciado D. Gregorio Dávila, exigiendo que Arista le reconociese.

Nada hizo el Presidente para sofocar ó destruir ese atentado hasta que se pronunció en La Piedad el coronel Bustamante, y entonces los rebeldes de Guadalajara formaron en 13 de Septiembre un plan político en que pedían la destitución de Arista, la Constitución federal, el desconocimiento de los poderes públicos y el llamamiento de Santa Ana.

No podían quedar unidos después de esto liberales y conservadores: por esa causa dejó Dávila el gobierno y entró el general José María Yáñez. Se adhirieron á este movimiento revolucionario Aguas Calientes, Mazatlán, Zamora y otras poblaciones, y sólo entonces mandó el Gobierno al general D. José López Uruga sobre Jalisco. Este jefe, por disgustos y contrariedades, acabó por entenderse con los sublevados y abrazar su partido.